

á mi alma dicen
tristes y mústias!
¡Padres, amigos,
hijos, dulzuras
de amor perdidas,
vagas, confusas!
¡flores preciadas
que aun me perfuman
el alma triste,
si vienen púdicas
á los ensueños
de mi amargura!
¡dulces palomas
de blanca pluma!
¡sombras amadas!
¡pálidas brúmas!...
¡Ay arpa, ay arpa,
si fueras muda!

¡Y ya él con ellos
tambien se junta!
es que á ese mundo
que mi alma abruma,
surgiendo ansioso
cuando me escucha,
ya pertenece
por desventura;
es que mi amada
ciudad moruna,
la que á los rayos
del sol relumbra;
que mi nodriza

de régia alcurnia,
la de las zambras,
la de las justas,
la de las flores,
la de las músicas,
tambien le tuvo
sobre su túnica,
que timbran glorias
que la hacen fúlgida;
que mi Granada
tambien fué suya,
y madre amante
la senda ruda
le abrió que brinda
la ardiente lucha.
¡Ah, pobre amigo!
¡negra fortuna!
¡Aun era pronto,
deidad injusta!
¡Ay arpa, ay arpa,
si fueras muda!

III

Era casi adolescente,
atractivo y dulce y bello;
alta y serena la frente,
la boca pura y riente
y ensortijado el cabello.

Yo le conocí al volver
del ejército á mi tierra,

y apenas le pudo ver
hizo su amigo el de guerra
al honrado bachiller.

Porque no era licenciado
en Derecho todavía,
pero en todo aventajado,
ya profesor estimado
letras árabes leía.

Sentíme al fin contagiar
por sus estudios sin fin,
y en el lenguaje de Antar
empecé á deletrear
desde el *alef* al *zain*.

De la cátedra á paseo
salíamos, ó al Liceo,
y despues se iba á encerrar;
que eran los libros su arreo,
su descanso el estudiar.

Su fácil palabra ardia,
flameaba, se perdia
en sonoro tobellino,
y era su Dios, su destino
la ingrata filosofía.

Como aquí: cual si votado
por su madre al saber fuera,
en el estudio abismado,
lo demás del mundo era
á él extraño é ignorado.

Tan joven y en un edén
donde no se vive bien
sin las ansias del amor,
nunca se expuso al rigor
de un homicida desdén.

La ciencia, la ciencia era
su sola amante, y austera
le absorbía de tal modo,
que en él, sobrepuesta á todo,
llegó á hacerse su quimera.

La ciencia y el arte, sí,
y la natura esplendente:
¡oh, cuántas veces le ví
en el cerro, junto á mí,
transfigurado y ardiente!

En el sol que descendía,
entre fuego, allá por Loja,
fijaba con atonía
su mirada en que lucía
del astro la lumbre roja.

Yo en silencio le miraba,
en sus ojos reflejaba
un no sé qué de locura;
y era que en gloria y natura
su pensamiento abrevaba.

Allá, sobre aquella vega
que el parlero Genil riega,
y por doquier flores brota,
una edad potente flota
que en esplendores la anega,

Allí altiva Santa-Fé,
 último real contra el moro;
 y en ella á Isabel se ve
 áun gigantesca y de pie,
 blason de España y decoro.

Allí una epopeya muda,
 pero elocuente en memorias,
 hace que á la mente acuda
 desde cada peña ruda
 un torbellino de glorias.

El ardiente cielo azul,
 sobre un perennal abril,
 recorta, como en un tul,
 las alturas del Padul,
 y la sombra de Boabdil.

Se siente el acerbo lloro
 del triste rey desterrado,
 y la noble lira de oro
 gime en son más apagado
 en el Suspiro del Moro.

Eminente allá el Veleta,
 que ve el Africa abrasada,
 recuerda á la mente inquieta
 de los hijos del Profeta
 las delicias de Granada.

La hermosa Alhambra, adormida
 sobre la colina roja,
 entre las brumas perdida,
 en el claro Darro moja
 la planta ya carcomida,

Silencioso allá el serrallo,
y en paredones trocada,
sin su lanza y su caballo,
la otro tiempo coronada
y altiva Casa del Gallo.

Allá el vetusto Albaicín
que en festones de verdura
tapa su vejez rüin
y no escucha ya el clarin
llamándole á la llanura.

Las torres, los almenares,
Los perdidos Alijares,
Generalife sombroso,
con su recuerdo cuitoso
de zambras y de cantares;

Y con profundas raíces
encrestando las colinas
con sus rojizos matices,
y sus viejas cicatrices,
las murallas granadinas.

Todo es mágica ilusion,
todo en lánguido desmayo,
y en revuelta confusion,
hablaba á su corozon
del sol al últiyo rayo.

IV

Dejadme que descanse, que el arpa sonora
arroje, fatigado de la fatal vision;

dejadme que me aparte del borde de la fosa
que aún removida, horrenda, helada, misteriosa,
sofoca mis cantares, me aprieta el corazón.

Dejadme; ya se niega mi pobre fantasía
al arte y á la rima y al lánguido soñar;
las dulces ilusiones, tan mágicas un día,
no quiero en tristes cantos de luto y de agonía
con ansias, ya mortales, doliente recordar.

Dejadme que en silencio la falta del amigo,
que irreparable lloro, devore con horror:
tal vez, José, mañana, yo duerma aquí contigo,
y cual á tí piadosa la tumba me dé abrigo,
descanso á mi fatiga, consuelo á mi dolor.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid 4 de Marzo de 1882.

Diálogo *in extremis*.

Un marido, que cree llegada la hora de su muerte, llama á su esposa y le dice:

—Hija mia, voy á morir; en el cajon pequeño de mi mesa hay un paquetito que contiene cinco mil pesetas...

—Bueno, bueno, déjate de tonterías: lo primero es morirte y luego veremos.

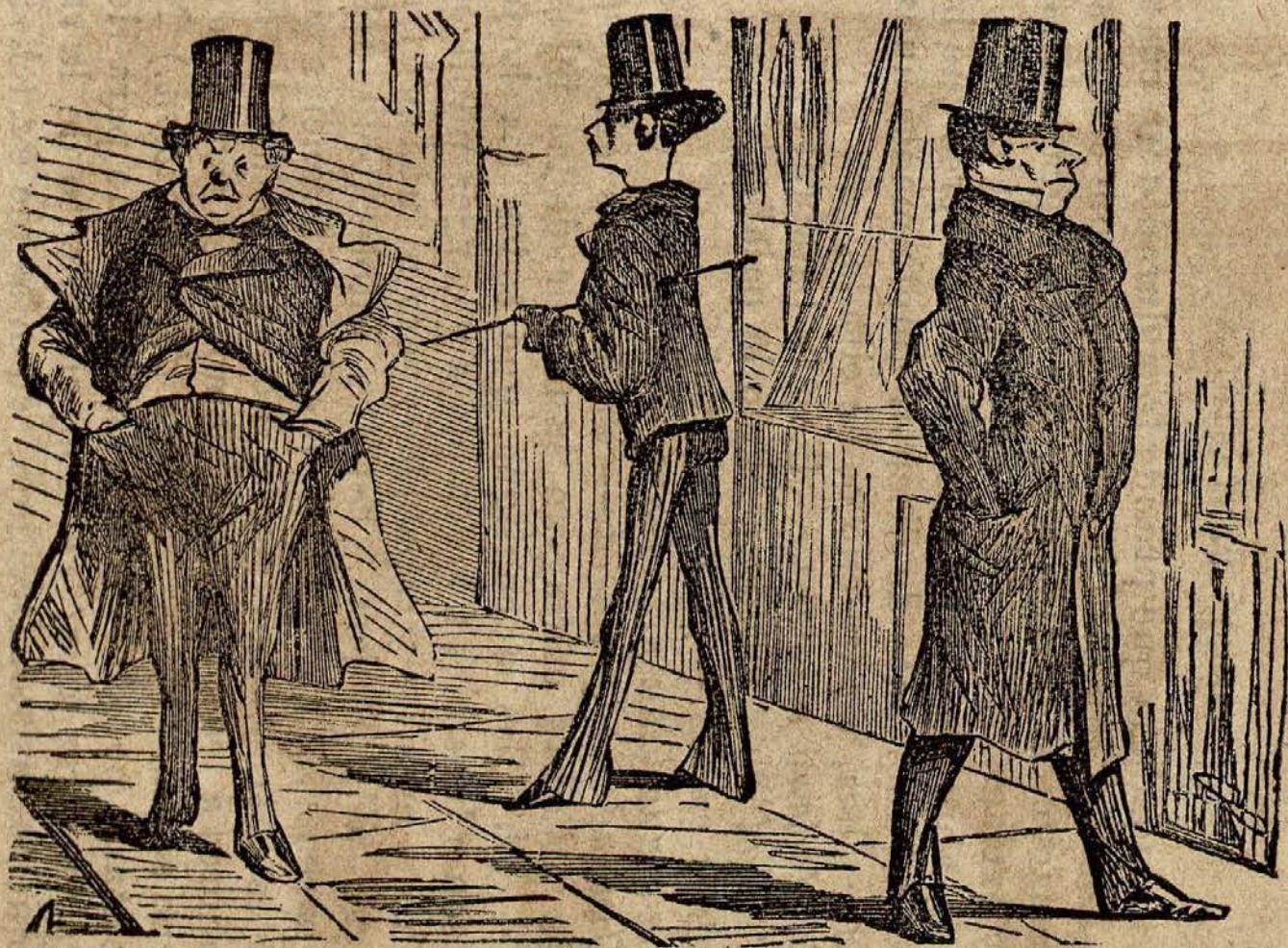
En un exámen de historia:

—¿Qué hicieron en Roma los *hunnos*?

—¿Qué habian de hacer? Escabechar á los *otros*.



Empleados que no pueden llegar á seis mil reales.



Funcionarios que no pueden ganar ménos de veinte mil.

CLUB DE LA EMANCIPACION FEMENINA.

(SESION FANTÁSTICA.)

La ciudadana que preside toca durante un cuarto de hora la campanilla, sin lograr que cesen las conversaciones particulares. Por fin logra hacerse oír, y exclama:

—Se abre la sesion.—Ciudadanas: creo que ha llegado el momento de discutir ámpliamente nuestros derechos, y para ello os he citado.

Ciudadana primera.—¡Pido la palabra!

Ciudadana segunda.—¡Pido la palabra!

Otras varias.—¡Y yo! ¡Y yo!

La ciudadana presidenta.—¡Silencio!

Ciudadana primera.—Señoras: Las constituciones políticas consagran la mayor de las injusticias. En ellas se consigna que todos los hombres son admisibles á los empleos y cargos públicos, segun sus méritos y capacidad; pero ni una palabra dedican á las mujeres. ¡Esto es intolerable y debe desaparecer, atendiendo á que las diferencias materiales entre ambos sexos, no autorizan á los legisladores á considerarnos como seres extraños al cuerpo social! (*Vivas muestras de aprobacion.*) No necesitaré, por cierto, esforzarme mucho para llevar á vuestros ánimos el convencimiento de la razon que me asiste. Decidme, cuantas me escuchais. ¡No os sentís con fuerzas para asistir diariamente á una oficina, leer en ella los periódicos, tomar café á las doce, fumar unos cuantos cigarrillos y perci-

bir á fin de mes, aunque sea con descuento, el sueldo que fije el presupuesto?

Varias voces.—¡Sí, sí!

Ciudadana primera.—¡No os sentís con fuerzas para entenderos de oficio con las naciones extranjeras, cobrar y distribuir los impuestos, mandar las tropas de mar y tierra, ocupar las universidades, dirigir unas elecciones, conceder títulos, privilegios y cruces, llevar á las colonias las ideas modernas, tratar ó maltratar al clero, administrar justicia, entorpecer las relaciones entre el individuo y el Estado, é imprimir nuevo y más lógico rumbo á todas las manifestaciones de la actividad del hombre?

Ciudadana cuarta.—¡Y qué mision se reserva á éste?

Ciudadana primera.—La mision natural que le fué encomendada por el Creador: amarnos y servirnos. (*Tumulto.*)

Ciudadana cuarta.—¡Y si se declara en huelga?

Ciudadana primera.—No admito la hipótesis. Allí donde nuestro sexo se presenta, allí el hombre reconoce y proclama su esclavitud. Sanson, dejándose cortar el cabello; Hércules vencido; Alejandro enfermo; Antonio subyugado, son otros tantos ejemplos de que el valor se rinde siempre á la debilidad; Rafael y Petrarca muestran que el génio sin el amor debe siempre ser infecundo. ¡Declararse en huelga el hombre! ¡Tan pobre es la coquetería de nuestro sexo en recursos, que haga posible lo que teme la ciudadana que me ha interrumpido? (*Vivas muestras de aprobacion.*) ¡El hombre no se declarará nunca en huelga!

Ciudadana cuarta.—Pero, ¿y si se declara?

Ciudadana primera.—La nueva Constitución debe impedirlo, restableciendo el tormento para los que rechacen el amor.

Muchas voces.—¡Bravo! ¡Bravo!

Ciudadana primera.—¿Queda, pues, consignado que debe reformarse la Constitución?

Muchas voces.—¡Sí! ¡Sí!

La ciudadana presidenta.—¿Queda consignado por unanimidad de votos!

Ciudadana cuarta.—Protesto.

Varias voces.—Que conste la protesta.

Ciudadana primera.—El temor que nuestra compañera manifiesta de que el hombre puede declararse en huelga, demuestra las pocas esperanzas que conserva de vencerle con su hermosura.

Ciudadana cuarta.—Oiga Vd.; si ha querido faltarle, sepa que no está el horno para bollos, y que le costará muy poco arrancarle el moño postizo.

Ciudadana primera.—¡Atrévase Vd.!

(Confusion indescriptible, que no logra dominar a campanilla presidencial. Momentos de ansiedad.)

La ciudadana presidenta.—Profundamente conmovida por la escena que hemos presenciado, tengo el deber de hacer oír mi voz amiga, para que no se repitan estos espectáculos, que deshonrarían nuestro club hasta el punto de hacerle bajar al nivel de un Congreso de hombres. Afortunadamente, las excusas que mutuamente se han dado nuestras compañeras, han sido satisfactorias, y tan espontáneas como delicadas. La ciudadana primera reconoce que la ciudadana cuarta es hermosa.

Una voz sarcástica.—Como una noche de truenos.

La ciudadana presidenta.—Y la ciudadana cuarta reconoce que la ciudadana primera lleva una moña natural.

La voz anterior.—De las de noventa reales.

La ciudadana presidenta.—Ordeno á los taquígrafos que no conste el lamentable incidente de esta discusion, ni las interrupciones de hace un instante. Puede seguir el debate.

Ciudadana segunda.—Establecida que sea una penalidad para los hombres que en materias amorosas, se declaren en huelga, no creo improcedente que se amplíe la Constitucion, marcando que podrán suspenderse todas las garantías; pero que nunca puedan quedar en suspenso las galanterías.

Varias voces.—¡Aprobado!

Ciudadana segunda.—Tambien deberá declararse que la soberanía reside única y exclusivamente en el sexo femenino, que emanan del mismo todos los poderes; que le corresponde la discusion, aprobacion, sancion, promulgacion y ejecucion de todas las leyes.

Ciudadana primera.—Ya quedó indicado en mi discurso.

Ciudadana tercera.—Ciudadanas: Veo con disgusto que, imitando las malas costumbres de los hombres, perdeis un tiempo precioso con lo incidental, y os olvidais de lo preferente. El mundo se halla en deuda con la mujer. Las anteriores generaciones admitieron la poligamia, y hoy mismo

subsiste en algunos pueblos, con mengua de la civilizacion.

Nuestras antepasadas tuvieron que compartir entre muchas el amor de un solo hombre: nosotras debemos heredar y hacer efectivos sus créditos contra el sexo tiránico, cuya influencia injusta tratamos de hacer que desaparezca. Creo, por lo tanto, que procede en justicia la union de una mujer con varios hombres; el establecimiento legal de la poliandria, como en el Tibet ó el Botan.

La ciudadana presidenta.—Ruego á los taquígrafos que no consignen esas palabras, pues bien sabido es que ciertas cosas no deben revestir un carácter legal. La ciudadana que me ha precedido, y cuya vehemencia es notoria, no puede desconocer que ha exajerado mucho en sus cálculos, y que la deuda que dejaron pendientes algunos pueblos con nuestras antepasadas, la vamos amortizando sus nietas insensiblemente.

Creo, por lo tanto, que debemos dejar el percibo de los créditos á la prudencia de nuestro sexo, reformando, á lo sumo, los artículos del Código penal que tratan de ciertas licencias que los legisladores han clasificado entre los delitos.

Va á darse lectura ahora de una proposicion que acaba de presentarse sobre la mesa.

Una ciudadana que hace las veces de secretario, leyendo: "Las que suscriben, persuadidas de la necesidad de que los hijos que puedan tener no se mueran de hambre, proponen al club el proyecto de ley que sigue:

Artículo 1.º Todas las criaturas que nazcan en

lo sucesivo, pasarán á las dos horas de su vida á depender de la provincia.

Art. 2.º En cada capital se establecerá una *Inclusa provincial*, cuyos acogidos formarán parte de la colectividad nacional. Servirán en cada uno de dichos establecimientos: un portero, un barrendero, un tornero, un mandadero, cinco lavanderos de pañales, un encargado de la papilla, veinte encargados de la lactancia artificial, dos cocineros, un planchador, cuatro costureros, dos mozos, dos vigilantes y un profesor de economía política. El funcionario, cuya fealdad sea más sobresaliente, reunirá á las funciones que le correspondan, las de *coco*, para que no lloren los muchachos.

Art. 3.º Una comision de mujeres vigilará á los dependientes de dichos establecimientos, decretará la forma en que deben cubrirse los gastos que ocasionen, y castigará con el mayor rigor cualquier abuso.

Art. 4.º Los acogidos del sexo femenino entrarán de lleno en el goce de todos sus derechos al cumplir quince años. Los del sexo masculino permanecerán en reclusion hasta que los reclame para el matrimonio una mujer; pero podrán optar á las vacantes que ocurran de costureros y *cocos* dentro de cada *Inclusa provincial*.

Art. 5.º Un reglamento especial fijará la situacion social de los hombres que, al tiempo de promulgarse la presente ley, no se hallen casados; pudiendo indicarse, desde luego, que los pollos tendrán que optar entre el matrimonio ó su ingreso en las inclusas, y que los solterones recalcitrantes, los

casados celosos y los viejos inútiles serán deportados.

Firman: Virtudes, Concepcion, Virginia, Librada, Gracia, Anunciacion."

Una triple salva de aplausos acoge la lectura de la anterior proposicion, prejuzgando la unanimidad que ha de hacer inútil toda discusion sobre la misma.

Pasado el entusiasmo, dice la ciudadana presidenta: Son las seis de la tarde y mi hombre estará impaciente por mi tardanza: creo que podríamos dejar para la primera reunion el debate del importantísimo proyecto que se acaba de leer. Al terminar hoy nuestras tareas, cumplo un deber recordándoos que la debilidad de la mujer es el único fundamento de la fuerza del hombre, y recomendándoos que opongais á todos sus mandatos la obstinacion negativa que os caracteriza, y á su indiferencia la cequetería; de esta manera y con el auxilio que os prestará la ceguedad de esos miserables, la victoria nuestra será tan completa como brillante.

Se levanta la sesion.

Por la copia:

M. OSSORIO Y BERNARD.

Un gallego entra en una fotografia y pregunta:
—¿Cuántu cuesta un retratu de esos de mediu cuerpu para arriba?

—Diez reales,—responde el fotógrafo.

—Entónces hágame usted uno de mediu cuerpu para abajo.



—¿Butacas?—No, no es preciso.
—Estos van al paraíso.

EL GABAN RUSO.

—

Hoy, eso es, 15 de Enero.

Hoy hace ocho años justos, pocas horas y algunos minutos, pasaba yo por la calle de la Cruz.

Tenia ocho años ménos que ahora.

Pero en cambio, habitaban en mi bolsillo diez Amadeos, cosa que hoy no conozco, es decir, no tengo trato con ellos.

Como iba diciendo, caminaba por la calle de la Cruz, verdadera Jauja en prendas de vestir.

Nevaba, y hacia un frio de seis bajo cero.

Yo lucia mi esbelto talle; quiero decir, *iba en cuerpo*.

Tiritaba; el frio iba en *crescendo*.

Por último, me decidí á dar al cuerpo abrigo, y un pesar al alma.

Entré en una sastrería.

Lo primero que ví, fué un ruso admirable, largo, muy largo; su pelo de color de polvo, me enamoró: me evitaba el uso del cepillo. A más yo no le tenia.

Me lo probé.

El sastre me dijo:

—Le está á usted pintado.

—¿Su precio? —respondí.

—Quince duros.

—Diez,—dije yo.

El maestro hizo el panegírico del ruso, diciendo:

—Vea usted la clase, vea usted el pelo, y luego su color y longitud...

Yo me salía desconsolado; el ruso me encaprichó
Por fin accedió el sastre: pagué, tomó y salió.

Apenas atravesé los umbrales de la sastrería me
encontré un amigo; me saludó y me invitó á tomar
café en el Suizo.

Antes no me saludaba; sin duda le daba frio mi
desnudez.

Tomé, quise pagar, él se opuso.

Mi alegría no reconoció límites, porque no tenia
un cuarto.

El se quedó en la puerta del café hablando con
varios amigos, yo pretesté una ocupacion, le ofrecí
mi casa y él hizo lo mismo.

Al llegar á la calle de Alcalá sentí se agarraban
á mi brazo, y oí una voz que decia:

—Adios Eduardito. ¿Has heredado?

—Sí, ingrata; sí, Enriqueta.

¿Ustedes no saben quién es Enriqueta? No? Pues
oíganlo.

Enriqueta es una mujer de veinte años, ni
alta ni baja, admirablemente proporcionada, sus
ojos y sus cabellos, negros como el ébano, su cutis
blanco como los pétalos de la azucena.

Enriqueta, que me abandonó al contemplar mi
fortuna en cuarto menguante, la creyó en creciente
y quiso reanudar nuestras relaciones.

Reconvenciones por mi parte, protestas de cari-
ño por la suya, volvieron á atar el nudo deshecho
un año antes.

Volví á pasear con ella, á tomar café en Rueda,
donde ella pagaba un dia sí y otro tambien, pues
yo nunca tenia suelto,

Lucí mi gaban ruso en los Bufos.

Me habia olvidado de decir que Enriqueta, á más de ser modista, pertenecia al sublime cuerpo de suripantas.

Tenia mala voz, pero buen palmito.

No sabia música, pero tenia afición al arte.

Mi gaban me abria las puertas del parnaso Bufo.

Todos me creyeron capitalista.

Bien dice mi amigo Sanchez Castilla en su pieza *¿Dónde esta la levita?*

Dime qué ropa gastas, y te diré lo que comes.

Más de una vez oí diálogos en que se referian á mí y que eran al tenor siguiente:

—¿Quién es ese del gaban ruso?

—Un aprendiz de poeta, un mal escritor tronado.

—Hombre, quien usa un gaban así no puede ser pobre.

En efecto, yo parecia rico, pero no lo era.

Pasó un año.

El gaban hizo su primera campaña, sin un descosido.

A la segunda tenia un roto.

La tercera le vió convertido en gaban levita, y cuando Enriqueta me vió con aquella levita, me dijo:

—¡Calla! ¡Cómo prosperamos! Levita nueva, y la tela es igual á la del gaban ruso.

—Sí, la he comprado así, para que haga juego.

De los recortes me habia hecho unos botines que tapasen ciertas sonrisas nada oportunas de unas botas nada nuevas.

Aquel invierno y el siguiente usé gaban-levita. Enriqueta me decía:

—¿Y el gaban?

Un día contesté:

—Me lo han robado.

Al año siguiente el gaban necesitó nueva forma.

Me hice *chaquet*, y otro par de botines.

Como los dos inviernos anteriores iba de levita á todas partes, aquel invierno fuí de *chaquet*.

Enriqueta me dijo:

—¿Qué afán tienes por ese color!

—Es entusiasmo el que por él siento,—respondí.

Dos inviernos, día por día, llevé el *chaquet* sobre mí.

Al tercero le convertí en cazadora: su color era ya de ceniza sí, pero de ceniza de habano, blanca, muy blanca.

Su pelo no existía.

Ha llegado el octavo invierno y el gaban sufre su última metamórfosis: está convertido en chaleco.

Al décimo año le veré convertido en cuchillos de algun pantalon de ceniza apagada.

En ocho años ha sido mi más fiel y constante amigo.

Sus bolsillos han guardado versos, prosa, periódicos, cartas de amor, cuentas de sastre y sombrero, papeletas de préstamos, pero nunca, nunca lo que ha valido.

Ha ido al café, á teatros, desde el Real á la Infantil.

Ha comido desde Los Dos Cisnes, hasta en casa del Tio Lucas.

Ha sido mi uniforme, en una palabra.

Yo he respetado su cabellera, jamás le pasé un cepillo.

Tengo el pensamiento de guardar sus restos para que acompañen á los míos en su última morada, á imitación de los héroes á quienes entierran en union de su fiel espada.

El gaban ruso ha sido mi consecuente compañero.

El ha visto mi desesperacion, mis alegres ratos, mis amores, y al ser convertido en chaleco, ha visto mi último desengaño.

Enriqueta, la hermosa Enriqueta, ha vuelto á serme ingrata.

Su reconquista me costaria otro gaban.

¡Quién tuviera doscientos reales!

GONZALO S. NEIRA.

Leo en un periódico:

“Por disparo casual de un rewólver que guardaba en el bolso de la chaqueta un jóven de tierra de Segovia, fué herido otro al que se le hizo la correspondiente cura en el Hospital provincial.”

Ahí tiene Vd. Si eso lo lee una criada de servicio, y su amo vá de viaje, se expone á que le diga la doméstica:

—Señor, traígame Vd. un jóven de tierra de Segovia.

—¡Muchacha! ¿Y para qué lo quieres?

—¡Toma! ¡Para frotar con él los candeleros!

• Una cocinera despedida por sus amos. Antes de dejar la casa, se detiene á charlar con la portera.

—¿Con que no echas nada de ménos al salir de esta casa?—pregunta esta á la doméstica.

—Nada... ¡Ah, sí! Lo que siento es que no se venga conmigo el perro del señorito.

—¿Porqué?

—Por que él era el que me lavaba los platos en la cocina.

En una de las escenas de un drama furibundo, representado en un teatro de provincia, el marido ofendido penetra irritado en la estancia de su esposa, creyendo encontrarla con su amante, pero encuentra la habitacion vacía y exclama con desesperacion:

—¡Nadie! ¡Otra vez seré más afortunado!

La avaricia de Alejandro Dumas, hijo, más ó ménos exajerada por sus enemigos, da origen á no pocos chistes de los periodistas franceses.

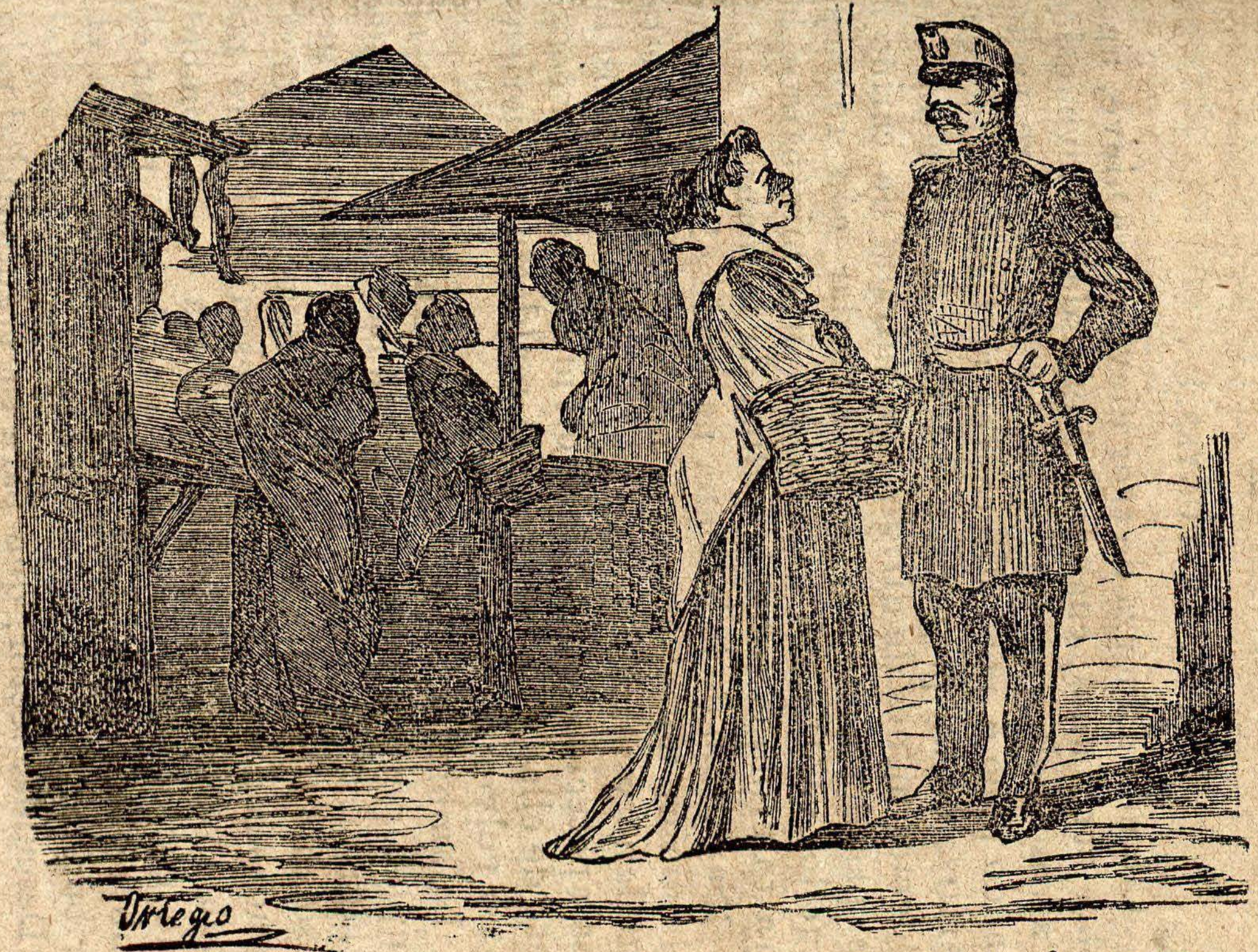
Uno de ellos le atribuye una frase, que como de Dumas, es ingeniosa, y como de avaro es sangrienta...

—¿Usted dá limosna alguna vez?—pregunta alguien al hijo del célebre novelista.

—¡Ya lo creo! En cuanto tengo una moneda falsa, se la doy á un ciego.



Cada cual á su negocio.



—Con las cosas que me dices, me estás dando la desazon
—Y tú me estás dando ahora mismo para tabaco.

LA PRIMERA BARBA

(APUNTES.)

Cuando á fuerza de caer nieve sobre nieve, unos sobre otros años; cuando á fuerza de la nieve caida el airoso pelo que cubre la faz del hombre va tomando poco á poco diferentes matices hasta convertirse en un pequeño montecillo de blancura, no podemos ménos de dirigir una mirada de cariño á los pasados tiempos, y de recordar con regocijo aquellos venturosos dias en que nos mirábamos la cara tan limpia como la palma de la mano.

¡Sarcasmo de la humana naturaleza! El capricho del hombre no se encuentra nunca satisfecho en este mundano y marchito paraíso; apenas obtenemos la cosa apetecida, cuando nos olvidamos casi por completo de ella, y en ocasiones la maldecimos queriendo no volver á poseerla.

La ambicion, como condicion indispensable al completo perfeccionamiento, ¡cuántas veces es origen de lágrimas! ¡Cómo nos hacen verter amargo é inconsolable llanto los objetos, las cosas, las personas deseadas con dulces y juguetonas sonrisas! Pero no puede evitarse; es cualidad innata en el hombre como en los séres inferiores, pudiéndolo notar el hombre observador, desde el recién nacido hasta el moribundo...

Descuida, lector, que para tu tranquilidad y la mia no me meteré en honduras... de donde no pueda salir; solo me propongo y ¡quiera Dios que lo consiga! señalar algunas de las impresiones que sen-

tiantes, en el momento y despues de mi primera barba.

En algun tiempo fuí, por más que te parezca lo contrario, un hombre... un *hombre* de quince años, con una cabeza toda humo, un corazon todo amor, unas ilusiones... ilusorias, y ¡unas ganas de tener bigote!... Para abreviar, estaba en la edad *tonta*, con perdon sea dicho de los que se encuentran en ella. Tratábame con eminencias, á mí semejantes, que no teníamos otra obligacion que arreglarnos lo mejor posible la *toilette*, retorcernos el lábio superior... digo, el bigote, y estudiar, cuyas dos primeras *obligaciones* cumplíamos fielmente á diferencia de la tercera, que no era, ni con mucho, de nuestro mayor agrado. ¡Hasta al enumerarlas la he dejado para la última... Así era siempre!

Todos mis amigos, menos yo, habíanse alguna vez que otra rasurado su limpia y nívea cara; todos menos yo se afeitaban (!) Ya eran, pues, hombres; hombres verdaderos, y hasta les mirábamos con más respeto. Que mis compañeros me llamasen chiquillo, era lo que yo no podia tolerar con calma; y para ser en lo posible, si no más, igual á ellos y estirpar de raíz aquellos abusos de fraternal confianza, determiné... afeitarme. ¿Te has hecho cargo de la figurilla? Sabia yo que entre aquella cuadrilla iba á ser un acontecimiento; sabia que mi situacion se elevaba, y sabia... que iba á gastar inútilmente un real, y la propina, si cometia el exceso de darla al mancebo que solícito y amable iba á ser el ejecutor de mi ardiente deseo; y por fin, sabia—esto no lo sabia, pero me lo figuraba—que

hasta se iba á insertar en las columnas de *La Correspondencia* como noticia de interés general!...

La noche precursora del para mí fausto acontecimiento, casi no dormí, y los lijeros momentos que lo hice, soñé, ¡pero qué sueño! Que ya en la barbería, todas las miradas, sonrisas y palabras, eran alusivas á mi negra y poblada barba; soñé por fin... ¡que me degollaban! Pero no acababa aquí el terrible drama, cuyo protagonista era yo, ó mejor, mi barba; tenia dos actos, y faltaba el segundo, cuya decoracion venia á representar un profundo, negro y frio abismo, por cuyo sendero bajaba yo sostenido por el viento, y á medida que bajaba, bajaba tambien la barba, es decir, crecia, pero crecia tanto que llegué á enredarme en sus largos tirabuzones, cuya peso aceleraba mi caida, yendo á parar ¡no sé á dónde! á un recinto en el que estaban pintados con vivísimos colores lo más horrendo, lo más descomunal, lo más inverosímil que un loco puede imaginar en el momento de su delirio. ¡Qué noche! Todavía conservo la opresion de pecho que aquella horrible pesadilla me produjo. Despertéme más temprano que de ordinario, y me levanté más tarde que de costumbre; me estaba preparando.

Marchaba tranquilamente por la calle de la Montera, cuando me dieron un prospecto que, malísimamente redactado, decia, ó queria decir, que por allí cerca *se acababa de establecer una antigua peluquería*. Ví el cielo abierto, y andando algunos pasos la puerta del establecimiento ¡estaba tentadora! Entré.

—¡Qué vá á ser? fueron las primeras palabras

que aquellos pacíficos servidores me dirigieron. A juzgar por mi aspecto, no comprendieron que trataba de afeitarme, ó, mejor dicho, de que me afeitarán. ¡Nécios!

Sin atreverme á mandar que pasáran la navaja por mi cara, me sirvió de preámbulo el que me cortáran ¡no te asustes! el pelo, en cuya faena creo, si mi memoria no me es infiel, tardaron tres cuartos de hora, al cabo de los cuales, galantemente me dijeron que allí estaba de más; yo no entendí la indirecta, y con la mayor naturalidad dije *que me limpiaran la cara*. O no comprendieron, ó no quisieron comprender lo que decirles queria, por lo que, revistiéndome de serenidad y sacando el pañuelo para que no pudieran comprender que me ponía colorado, *aféiteme Vd.*, dije con imperiosos modos, y todo lo más ligero que pude. Describir el estremecimiento que sentí cuando en mí colocaron la navaja, el carácter de la ligera sonrisilla que por mí retozaba y el retemblido que dí cuando burlonamente me anunció el barbero que si me movía iba á cortarme, sería cosa de emplear mucho tiempo y palabras. Con gran satisfacción mia, concluyeron de *hacerme la barba*, y á los pocos momentos, sin saber cómo, me encontraba en la calle. Allí había otra atmósfera, allí se respiraba, allí, por fin, ¡no estaba en manos del barbero! Sin detenerme un segundo, y al paso más ligero que pude, me dirigí á la Universidad; era, ménos minutos, la hora de entrar en clase, y por consiguiente, todos los compañeros que tenían el feo vicio de asistir á ella, se encontraban en el soberbio cláustro; conversé con al-

gunos; me acerqué á todos, y ¡qué sorpresa! empezaron á hablar... de lo de costumbre, de que, ¿cuándo me afeitaba? ¡No notaban en mí la falta de la barba! Se cansaron de hablar acerca de ella, y pasaron á discutir una cuestion de derecho; hablábamos de las tutelas, y cuando estábamos en el punto más culminante del tema, uno de mis camaradas y á propósito, segun dijo, de ellas, hizo notar que, sustituyendo al *bigote*, ostentaba yo unas cuantas cortaduras.—¿Quién te ha obsequiado?—me dijo, y sin hacer gran caso del ligero bofeton que á estas palabras habia acompañado, respondí al momento y hasta con un poquillo de orgullo: ¡el barbero!

Estupefaccion general.

Acabar de decir aquella palabra y encontrar mi flamante sombrero apabullado por cien despiadadas manos, fué cuestion... de nada.

Apenas me repuse del efecto producido por aquel acto de compañerismo, observé que la puerta del aula estaba abierta y á mis amigos colocándose cada cual en su puesto, como los picadores de tanda. Yo les imité (no á los picadores, sino á mis discípulos.) Aquel dia nuestro catedrático tuvo la humorada de pasar lista, como nosotros decíamos, y hacernos algunas ligeras preguntas sobra la leccion, tocándome en suerte ser el primero que debia contestarle y no lo hice; fué llamando despues á mis amigos que respondieron... lo que yo.

¡Qué tiempos aquellos!...

.....
Todos los amables lectores y lindas lectoras que, revestidas de paciencia, han continuado leyendo

este articulejo, se figurarán que lo doy á la estampa con objeto de recordar halagüeños dias de mi infancia, mirando el suceso narrado críticamente por la fuerza y experiencia de los años... Pues si han pensado esto, se han equivocado de medio á medio; solo han trascurrido algunos meses; en este intervalo me he afeitado cuatro veces el sitio en que á los hombres brota la barba.

Y ésta..... obstinada en no hacer su presentación.

CÁRLOS OSSORIO Y GALLARDO.

EL EGOISMO.

FÁBULA.

Con ruda miseria interna,
su familia atormentaba
Perico; despilfarraba
el peculio en la taberna,
y exclamaba en son beato,
atracándose sin tasa:
¿Quién me mantiene la casa,
si yo no me doy buen trato?
*De este egoismo brutal,
ejemplos do quier se ven.*
¿Qué importa, si yo estoy bien,
que los otros estén mal?

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



—¡Hay que vender!—¿Pues qué ocurre?—¿Saca otro impuesto Camacho?
—Escúcheme usted, y tiemble...—¡¡Han matado al perro Paco!!



Arteaga

—¿Cuándo veré premiados mis afanes?
—Esta noche á las doce en Capellanes.

EL LEON Y EL GATO.

FÁBULA.

Mirando á un viejo leon,
dijo un gatillo incipiente:
"Tú, que fuiste prepotente,
ya no vales, fantasmon."

Clavóse un abrojo á punto
el leon, lanzó un rugido,
y el gatuelo ensordecido
quedóse, y semi-difunto.

Más luego se recobró
y dijo insolente y vano:
"Has hecho un esfuerzo, anciano,
pero no me engañas, no."

*Hay gato, yo te lo advierto,
lector, que matando á escote,
aunque el difunto le azote
sigue dándole por muerto.*

*No vale contra él virtud,
y es inútil le digais:*

«LOS MUERTOS QUE VOS MATAIS
GQZAN DE BUENA SALUD.»

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Un pleiteante de mala fé, buscó á un abogado célebre para que le defendiera: tomó el letrado la nota del que queria ser su cliente, y le dijo volviese

de allí á dos dias: volvió en efecto, y le preguntó si se encargaba de su negocio.

—No encuentro más que una dificultad,—dijo el abogado:—si yo le defiendo á usted, ¿quién me defenderá á mí?

En una revista de inspeccion, el general dijo á un sargento examinándole de orientacion:

—Supongamos que tiene Vd. á la derecha el Levante á la izquierda el Poniente; ¿qué tendrá usted delante?

—Las narices,—respondió sin vacilar el sargento.

El general no creyó oportuno preguntarle qué sería lo que tendría detrás.

Un jurado de la Exposicion de Animales á una amiga suya, que encontró acompañada de su niña:

—Dispense Vd., Fulanita, no puedo detenerme: estoy cayendo en falta en la Exposicion de Animales.

—¡Ay mamá!—dijo la niña cuando se hubo ido:—¡yo quiero ver á ese señor en su jaula!

Más sobre la misma Exposicion:

LA NIÑA.—Vas á ver mamá, cómo la *señora* te engaña cuando te dice que yo no sé nunca la leccion de Historia Sagrada.

LA MAMÁ.—¿Y á qué viene eso ahora?

LA NIÑA.—Mira, mamá, en aquella jaula dice: Excmo. señor duque de Torrepieta, y dentro hay un cerdo.

LA MAMÁ.—Bien; ¿y qué?

LA NIÑA.—¿Qué! ¿en la otra jaula qué dice?

LA MAMÁ.—Dice Sr. D. Infundio de Rataplán.

LA NIÑA.—¿Y qué hay dentro?

LA MAMÁ.—Un macho cabrío.

LA NIÑA.—Mira, mamá; ¿qué dice allí?

LA MAMÁ.—Excmo. señor marqués de Alcoba-
coja.

LA NIÑA.—Pues dentro hay un mico.

LA MAMÁ.—¿Pero qué tiene que ver eso con la
Historia Sagrada, Elisa?

LA NIÑA.—¡Vaya! Vas á verlo, mamá: todos esos
señores han sido muy malos, y Dios los ha converti-
do en bestias como á Nabucodonosor, rey de Babi-
lonia.

En la misma Exposicion:

Un marido á su mujer:

—Dicen que hoy nadie dice la verdad, ¡qué ca-
lumnia! que lo diga esta Exposicion: Aquí se pre-
senta todo el mundo ingénuamente, tal como es.

En la tribuna de señoras del Congreso decia
una de ellas á otra:

—Hija mia, tu amigo el diputado X. no es di-
vertido cuando habla.

—Pues mira,—dijo la otra:—tampoco lo es cuan-
do calla.

Un abogado decia á una preciosa rubia:

—El amor es una cadena que nos sujeta á una mujer.

—¿Y por cuanto tiempo?—dijo ella.

—Por Vd.,—dijo él,—sin circunstancias atenuantes, cadena perpétua.

Una señora caritativa, decia hablando de una persona á la que habia favorecido, y no cesaba de manifestarla de la manera más expresiva su reconocimiento:

—Este hombre es sofocante, insufrible: es... ¡un mónstruo de gratitud!

—Vea Vd.,—decia un carpintero, á quien se hablaba de especulaciones:—los negocios son como una tabla: todo el mundo la acepilla y se lleva una viruta: cuando llega el último no queda nada.

Habiendo convidado á su casamiento uno de sus amigos á un solteron contumaz, éste le dijo:

—Imposible, amigo mio, á fé de célibe; he jurado no asistir á ningun casamiento; los malos ejemplos son contagiosos.

Las mujeres emplean más su inteligencia en provecho de la locura, que en provecho de la razon.

Las grandes cualidades impiden más que los grandes vicios, el tener muchos amigos.



Dejaron en la ruleta
hasta la última peseta.



Firmar en seco.

EL HOMBRE Y EL HIERRO.

IMITACION DE VÍCTOR HUGO.

—Jigante de férrea entraña
que te elevas hasta el cielo,
¿quieres que con mano diestra
robe el metal de tu centro
para hacer de él un arado
que abra de la tierra el seno?

—Trabaja, sí, y tras los bueyes
siga yo con paso lento
buscando á la madre tierra
los tesoros de más precio!

—Cíclope, que hasta las nubes
levantas tu férreo cuerpo,
¿quieres que arranque á tu entraña
hélice, ruedas y remos
para luchar en las ondas
contra el líquido elemento,
y surcar con tus auxilios
los más anchurosos piélagos?

—Trabaja, sí, y de mi entraña
haz bajeles, ruedas, remos
para cruzar por los mares
del uno al otro hemisferio,
difundiendo á otros países
la luz, la industria, el comercio!

—Montaña de férreo vientre
que te pierdes en los cielos,
¿quieres que hasta tus entrañas

penetre y te dé tormento,
para hacer con tus prodigios,
máquinas de duro hierro,
que aguas lleve á las ciudades
que vivifique los pueblos,
que rieguen nuestras campiñas
y fecunden el desierto?

—Explótame cuanto quieras;
trabaja si es tu deseo;
procura á la humana raza
placeres dulces y honestos,
que en tu mano tienes, hombre,
dicha, salud y progreso.

—Roca de metal precioso,
¿quieres que robe en tu centro
hierro para hacer cañones
con que imponerme á los pueblos;
balas para exterminarlos,
bombas para demolerlos,
y cadenas con que logre
á mi antojo someterlos?

—Aparta de mí, inhumano;
huye á los ámbitos negros;
lleva á la region del mal
tus homicidas proyectos.
Soy la vida, tú la muerte:
huye tirano soberbio;
no busques, no, en mis entrañas
armas contra el universo,
para destruir las obras
del más *sublime arquitecto*.

Llegue hasta mí el hombre justo

abierto tiene mi seno
para hacer con mis tesoros
hélices, ruedas y remos,
arados, sierras, escoplos,
máquina, imprenta, telégrafos,
y limas para romper
las cadenas de los siervos;
que Dios hizo al hombre libre
y de sus acciones dueño,
para ser honrado, sábio,
trabajador y *perfecto*.

RUESGA Y CÁRLES.



A veces un huracán
hace bailar el *can-can*.



De Fuenlabrada á Madrid
siempre viene cuando hay f eria,
y aunque se llame Pascuala,
dice que es la t ia Javiera.
